

# Vendedores ambulantes

MIQUEL MOLINA

LA VANGUARDIA, 18.05.10

El funambulismo es una metáfora multiusos, como han comprobado quienes ya han visto en el Mercat de les Flors el espectáculo *Le fil sous la neige*, del grupo de equilibristas Les Colporteurs (los vendedores ambulantes). Los espectadores habrán sido invitados a repasar cuántas facetas de nuestras vidas penden de un alambre. Pese a la obviedad de la propuesta, la poesía y virtuosismo del montaje reafirman el poder simbólico del cable que al vibrar amenaza con echar por tierra proyectos vitales, historias de amor o simples amistades. Y para que no quede ninguna duda, abre y cierra el espectáculo el director de la compañía, Antoine Rigot, quien a duras penas puede sostenerse en pie por las lesiones sufridas al caerse en un ensayo hace unos años. Un recordatorio de que la vida puede ser también la historia contada por un funambulista derribado.

Más allá de los paralelismos que pueda establecer cada cual, uno que es de actualidad urgente es el devenir tambaleante de la política municipal barcelonesa. Acaso inspirándonos en la *colporteur* que se desplaza penosamente por el alambre con zapatos de tacón, podemos concluir que la ciudad de las lujosas ambiciones de proyección universal ha dado con sus ilusiones en el suelo, después del fiasco inapelable de la consulta para convertir la Diagonal en la columna vertebral de una Amsterdam mediterránea.

En la función del sábado en el Mercat, un funambulista se fue al suelo (en caída controlada) intentando un doble mortal. Fracasó también en su

segundo intento, pero no en el tercero, que fue celebrado con una gran ovación. Podría decirse que al socialismo municipal se le han agotado los tres intentos de dar un nuevo impulso a la ciudad a golpe de acontecimiento, si contamos como tales el Fòrum, la presunta candidatura olímpica a los Juegos de invierno y el caso Diagonal.

¿Qué hubiera hecho el funambulista de resbalar en su tercer salto? Lo ignoramos, pero podemos aventurar que habría reconducido su actuación hacia ejercicios menos arriesgados. Quién sabe. Tal vez haya hecho falta este tercer batacazo para que todos -no sólo el equipo de gobierno, sino también la oposición y quienes reivindicamos, a veces temerariamente, una ciudad siempre exquisita- nos demos cuenta de que ahora conviene aparcar la épica y dejar que fluyan las tendencias que van a permitir a Barcelona reinventarse a sí misma. Así, un último servicio de este equipo de gobierno podría ser relajar las normativas que encorsetan la creatividad privada. Simplificar la tramitación para la apertura de negocios y, sobre todo, no poner innecesarios palos en las ruedas de los que ya funcionan reportará a la larga más beneficios que tratar de convertir Montjuïc en zona esquiable. Peor que tener una Diagonal escasamente holandesa es prohibir que un restaurante de Ciutat Vella organice veladas de poesía porque le falta la licencia pertinente, por así decirlo.